

# La UNAM en la política mexicana

La UNAM ha sido siempre un especial centro neurálgico de la política mexicana. Su origen mismo como institución nacional "autónoma", en 1929, fue en buena medida una consecuencia de la vasta y compleja contienda política que intentaba dirimir la orientación ideológica del proceso revolucionario de país y la correlación de las fuerzas sociales en pugna. La Universidad jugó en todo ello un importante papel central, con innegables repercusiones políticas, ideológicas e institucionales.

Entre 1929 y la época actual pueden distinguirse tres etapas claramente delimitadas en el recorrido de la UNAM por las entretelas de la vida política de México. Y cuando hablo de un "recorrido político" de nuestra Casa de Estudios quiero sólo significar con ello la forma o la manera histórica en que la institución, a veces sin proponérselo y aun en contra de su voluntad, ha participado o se ha visto envuelta en algunos sucesos sobresalientes de la vida política de México.

La primera de ellas alude a la época anárquica y tormentosa de la UNAM desde el momento en que le fue otorgada su autonomía hasta la complicada crisis de 1944, que condujo a la promulgación de su actual Ley Orgánica. Una segunda, en la que la UNAM conoció mayor tranquilidad, podría abarcar desde el gobierno del licenciado Alemán hasta los conflictos de la década de los sesenta, que condujeron al año dramático de 1968, con su turbio coletazo al iniciarse el sexenio echeverrista. Y, en fin, la tercera, iniciada en ese sexenio, correspondería propiamente a la época contemporánea, sin mayores sobresaltos, salvo quizás su sorpresiva incidencia

circunstancial durante las elecciones generales de 1988. (Me refiero a todo aquel gran lío que se armó, nacional e internacionalmente, por la supuesta violación de la autonomía que implicaba el mitin electoral de Cuauhtémoc Cárdenas en la explanada de la Ciudad Universitaria).

A la distancia del tiempo transcurrido tal vez fuera conveniente tener presentes algunos acontecimientos históricos que enmarcan de alguna manera ciertos hechos analizados aquí. Desde luego, recordemos que 1929 fue un año de enorme trascendencia en el mundo occidental; pero también lo fue en México y en lo que a partir de entonces sería

la UNAM. Un año en el que hay cambio de gobernantes en las tres potencias aliadas: Estados Unidos (Herbert C. Hoover), Inglaterra (Ramsay MacDonald) y Francia (Aristide Briand). Trotsky es expulsado de la URSS y Stalin se asienta plenamente en el poder. Surge asimismo la amenaza hitleriana en Alemania.

Pero lo verdaderamente grave y de enorme trascendencia mundial es el desplome de la bolsa de valores de Nueva York y la súbita pérdida de más de 26 billones de dólares en valores financieros. Es el "Viernes Negro" del 28 de octubre en Nueva York, y con él empieza la gran crisis económica mundial que sirvió de preámbulo a la segunda gran guerra de este siglo.

En México, 1929 es también un año de particular relevancia política. En el mes de marzo nace formalmente el Partido Nacional Revolucionario (PNR), abuelo del PRI actual. Pero también aparece con el PNR la fórmula secreta del "maximato" político ejercido por el general Calles durante los tres gobiernos que siguieron al suyo. Ese mismo año estalla la insurrección escobarista y se realizan las elecciones para elegir al presidente constitucional que llenaría el vacío que dejó el asesinato de Obregón. Frente a la candidatura oficial del ingeniero Pascual Ortiz Rubio había surgido la del antiguo rector de la Universidad Nacional y ex-secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, intelectual de prestigio continental y héroe de las juventudes universitarias de aquellos años. Ese año concluye también la llamada Guerra de los Cristeros, mediante una negociación en el Vaticano.



Alfonso Caso

Y, por fin, es también en 1929 cuando el gobierno provisional de Emilio Portes Gil decide otorgar la autonomía a la Universidad Nacional de México. Este último hecho fue en sí mismo la primera gran irrupción política de nuestra Casa de Estudios en la vida pública del país.

Hasta antes de 1929, la Universidad Nacional prácticamente no contó nada en lo que se ha llamado el "proceso transformador" de los primeros gobiernos revolucionarios. Algunos egresados de sus aulas —por fortuna, entre los más capaces y brillantes— se vincularon pronto a la obra de la Revolución; pero una gran mayoría de los universitarios, ideológicamente ajenos y opuestos incluso a dicha tarea, se fue enclaustrando en la Universidad, desde la cual podía evitar la contaminación revolucionaria y realizar eventualmente actividades contra ella. Dentro de la Universidad se empezó a formar así una corriente conservadora y reaccionaria que repudiaba a la Revolución.

Una ambigüedad semejante se desarrollaba, a contrario sensu, en círculos poderosos de los gobiernos revolucionarios. Si la Universidad se percibía vagamente como una necesidad institucional para la formación de los profesionistas y técnicos que requería el país en su nueva etapa de transformaciones y cambios estructurales, se consideraba intolerable, por otro lado, que la institución sirviese de parapeto a los enemigos de la Revolución.

El resultado fue que para 1929, tanto en la Universidad como en el gobierno habían crecido la animadversión y la hostilidad recíprocas. La candidatura de Vasconcelos vino a agregar un elemento particularmente irritativo y perturbador dentro de esa gran tensión, pues un buen número de universitarios, muchos de relieve público, se sumaron abiertamente a ella. Hoy es ya un hecho indiscutible que la presencia del vasconcelismo en las aulas y en la huelga universitaria de ese año fue un factor determinante en la decisión de otorgarle su autonomía a la Universidad Nacional. Hay quienes piensan que la concesión de la autonomía (que no era una demanda explícita de aquella huelga) fue una maniobra del gobierno

callista de Portes Gil para dividir o sembrar la confusión en el movimiento vasconcelista<sup>1</sup>.

La "maniobra", en todo caso, sólo sirvió para convertir a la UNAM en un escenario idóneo y propicio para la gran disputa ideológica y política de los años que se avecinaban. Pues la autonomía, al sustraer a la Universidad de los controles gubernamentales, la convirtió pronto en una auténtica tierra de nadie y de todos a la vez. Los primeros quince años de la UNAM fueron años de verdadera anarquía, de desórdenes constantes, de corrupción, de violencia, de desplome académico, de actos incluso delictivos que eran promovidos o alentados desde muchas partes y con los peo-

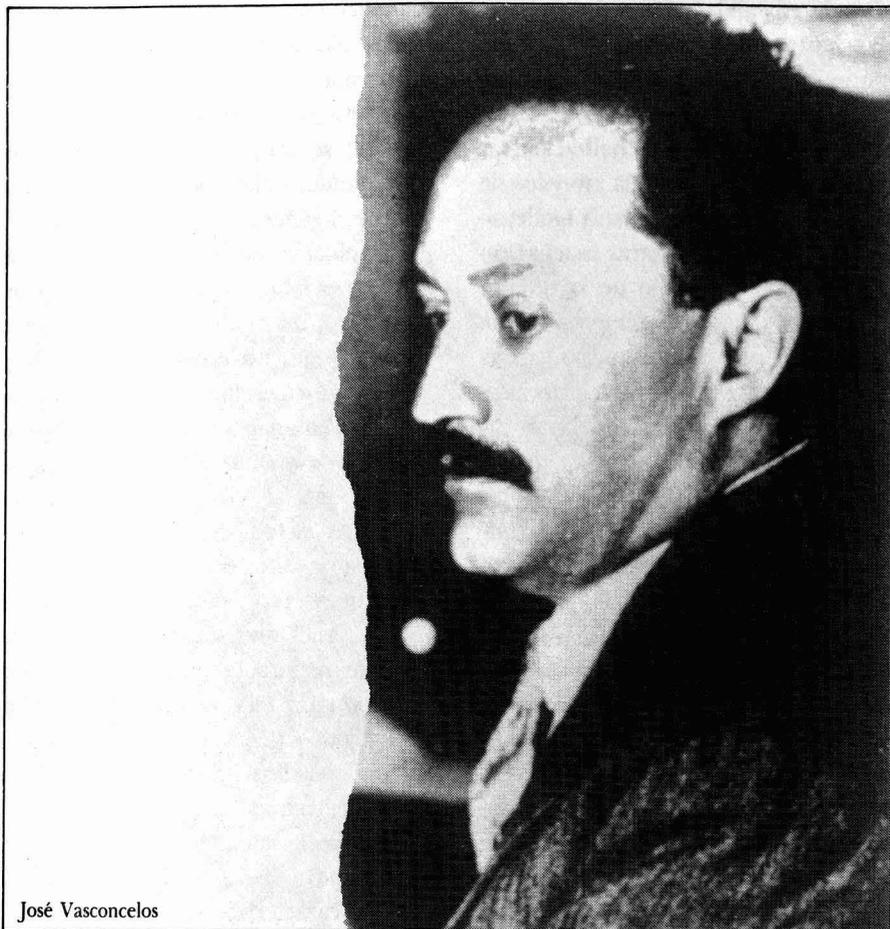
<sup>1</sup> Se ha hablado y escrito mucho sobre un supuesto "Movimiento universitario de 1929 por la Autonomía", atribuido gratuitamente a la huelga estudiantil de ese año. En realidad, al conocer con mayor detalle los acontecimientos de ese año, parecería que ha sido una verdadera invención del romanticismo universitario, adobada posteriormente por algunos de los principales líderes de aquella huelga famosa. Un testigo presencial y activo en esa huelga, que se inició para oponerse a los exámenes parciales que pretendían implantarse en la Facultad de Derecho, relata la sorpresa que les produjo la decisión del gobierno de otorgarle la autonomía a la Universidad: "Entre los estudiantes la decisión del licenciado Portes Gil hizo el efecto de una bomba, debido a que lo único que buscábamos era un cambio de autoridades y nunca que se dejara en nuestras manos, como se hizo, todo el gobierno de la Universidad, e inclusive se llegó a rechazar la iniciativa presidencial, pero al ver que Portes Gil estaba firme en sus propósitos, fue aceptada casi a regañadientes" (J. M. Luján Asúnolo, *La huelga de 1929. Recuerdos de un estudiante*. CESU/UNAM, Col. *Deslinde*, No. 143, C.U., 1981). Una buena narración analítica de esa huelga y su verdadero trasfondo político puede verse en Alfonso de María y Campos, *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929)*. UNAM, Comisión Técnica de Estudios y Proyectos Legislativos, México, 1975, pp. 181 y ss. De María y Campos documenta suficientemente la vinculación entre esa huelga y el movimiento vasconcelista. Pueden verse también Consuelo García Stahl, *Síntesis Histórica de la Universidad de México*, México, UNAM, 1975, Cap. XIII, pp. 131 y ss. Asimismo, Renate Marsiske, "El movimiento estudiantil de 1929 y la autonomía de la Universidad Nacional de México", en *Memorias del Primer Encuentro de Historia sobre la Universidad*, México, CESU/UNAM, 1984, pp. 126 y ss. Resulta interesante, sobre el desarrollo de los acontecimientos, el trabajo de Irma Lombardo García, *La autonomía de la Universidad. Cronología del movimiento de 1929*, México, UNAM, 1979, Col. *Deslinde*, No. 109.

ros métodos: el soborno, la amenaza, la coacción física, a veces el asesinato. La autonomía universitaria, y sobre todo la forma de elección de sus autoridades, se volvieron los pilares amurallados de una extraña y sorprendente "extraterritorialidad" que rápidamente fue convirtiendo a nuestra Máxima Casa de Estudios en una verdadera Casa de Juan Pirulero dentro de la vida política nacional.

El nudo gordiano de los grandes conflictos que habrían de estallar en la década de los treinta sería precisamente —paradoja de los tiempos— el enfrentamiento permanente entre el viejo ideal de la autonomía universitaria y el propósito revolucionario de introducir oficialmente la educación socialista en las escuelas públicas. (Treinta años después, muchos partidarios del socialismo serían los más acérrimos defensores de la autonomía universitaria frente a las amenazas del "Estado burgués"). Entre 1929 y 1933 (años del "maximato" callista, que según cuentan algunos investigadores, decidió imponer el socialismo por resentimiento hacia la insurrección cristera), se incubó en la UNAM, y a la postre en todo el país, la gran disputa sobre la autonomía y el socialismo, que iba a ser el gran entuerto ideológico de los años treinta<sup>2</sup>.

Saltémonos las anécdotas y las elucubraciones: en el fondo de aquella famosa polémica de 1933 entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano sobre el materialismo histórico y el socialismo (que los lombardistas querían imponer como filosofía oficial en la UNAM), y que sirvió de preámbulo a la bronca colosal que agitó a todo el país, lo que se estaba ventilando realmente eran dos cuestiones básicas para aquellos momentos: asegurar una educación racional y antidogmática al pueblo mexicano, y, concomitantemente,

<sup>2</sup> Un análisis resumido de esos años de la política mexicana, vista por el lado de la UNAM, en Martha Robles, *Educación y sociedad en la historia de México*, México, Siglo XXI, 1981, Cap. VII ("Posición ideológica de la Universidad"), pp. 137 y ss. También Diego Valadés, *La Universidad Nacional Autónoma de México*, México, UNAM, 1974, pp. 40 y ss; Gastón García Cantú, *Historia en voz alta: la Universidad, "1929-1944: años difíciles"*, México, J. Mortiz, pp. 33 y ss.



José Vasconcelos

levantar una barrera a la educación confesional, desterrándola en definitiva de la enseñanza oficial del país<sup>3</sup>. “Comenzaba una batalla ideológica de grandes repercusiones”, escribió Lombardo años después.

La violenta oposición al proyecto lombardista, aprobado en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, originó en la UNAM un nuevo conflicto que la dejó sin rector. Pero la controversia se prolongaría durante varios

<sup>3</sup> En 1944, cuando el Presidente Ávila Camacho planeaba reformar el Artículo Tercero de la Constitución, consultó a Bassols, que había sido el autor de la reforma a ese artículo en 1934, introduciendo la enseñanza socialista. Además de exponer ante el Presidente sus opiniones al respecto, Bassols dirigió una nota a Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación (muy poco conocida, por cierto), en la que le hacía algunas precisiones sobre la famosa educación socialista del gobierno cardenista. Es interesante y útil recoger estos dos párrafos significativos sobre lo que realmente entendían sus correligionarios bajo el texto “socializante” de dicho Artículo Tercero: “El imperativo nacido en Querétaro de dar a la educación pública tendencias socialistas, no debe valorizarse en abstracto, por su congruencia, podríamos decir arquitectónica, con el resto de la estructura del país (las reservas de muchas perso-

años todavía al reformarse en 1934 el artículo tercero de la Constitución y consagrar en él la enseñanza socialista en los niveles básicos.

El gobierno de Abelardo Rodríguez aprovechó la coyuntura del conflicto universitario para promulgar en 1933 una nueva Ley Orgánica de la Universidad, cuyo contenido revelaba la imagen que tenían de ella los ideólogos de la Revolución en aquella época, sobre todo después de los sucesivos fracasos izquierdistas en la UNAM, hasta la ex-

nas acerca de la incongruencia de existir una educación socialista en el seno de un país que no lo era, FLC), sino que más bien ha de medirse conjugándolo con las mil aspiraciones vagas y contradictorias que, sin embargo, encarnan siempre los grandes anhelos nacionales, en un país como el nuestro de pensamiento social tan primitivo y confuso (...) Porque la verdad es y no debemos olvidarlo un solo instante que el problema político real (en la redacción del Artículo Tercero, FLC) no radica ni en el término “socialista”, ni en la fórmula del “concepto racional y exacto”. Está en la prohibición a la Iglesia Católica de intervenir en la escuela primaria para convertirla en instrumento de propaganda confesional y anticientífica. Lo demás son pretextos”. N. Bassols, *Obras*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 524-5.

pulsión de Lombardo y sus seguidores. En los nueve artículos de la nueva Ley, se le otorgaba a la institución su autonomía plena y total, se le suprimía su rango “nacional”<sup>4</sup>, y finalmente, se le cancelaba el subsidio anual a cambio de una entrega única de diez millones de pesos. El propósito, en realidad, era obligarla a transformarse en una institución privada, al lado de otras ya existentes (como la Escuela Libre de Derecho, por ejemplo), idea que había sido ya expuesta en los Considerandos de la Ley Orgánica del 29<sup>5</sup>.

Con pleno autogobierno y sin recursos, la Universidad entró de lleno en profundas y violentas convulsiones, que degradaron a niveles inconcebibles su vida académica y cultural. Quedó además, por esas circunstancias, en manos de sectores pudientes y retardatarios que financiaban con plena libertad e impunidad los métodos de compra de votos, de chantaje o de imposición violenta para manipular la Universidad y convertirla en un ariete contra el proceso revolucionario del país, y muy particularmente contra el inminente gobierno del general Lázaro Cárdenas.

<sup>4</sup> Según Antonio Carrillo Flores, el propósito de quitarle su carácter de “nacional” era “privarla, a lo menos potencialmente, del derecho a obtener de todas las autoridades nacionales o locales el reconocimiento automático de la validez de sus títulos para el ejercicio profesional de sus graduados”. A. Carrillo Flores, “Testimonio sobre la Universidad Nacional Autónoma de México”, en *La Autonomía Universitaria en México*, Vol. 1, México, UNAM, 1979, p. 33.

<sup>5</sup> El Considerando decía lo siguiente: “Que no obstante las relaciones que con el Estado ha de conservar la Universidad, ésta en su carácter autónomo tendrá que ir convirtiéndose a medida que el tiempo pase, en una institución privada”. (Ezequiel Padilla, entonces Secretario de Educación Pública, al solicitar al Congreso de la Unión se concediera al Presidente Portes Gil facultades extraordinarias para formular la nueva Ley Orgánica de la Universidad ya como institución con autonomía. Cit. por Gilberto Guevara Niebla, *La rosa de los cambios. Breve historia de la UNAM*, México, Cal y Arena, 1990, p. 38). En 1933, escribe Carrillo Flores, “intencionalmente se eliminan de la definición de la Universidad los caracteres de ‘nacional’ y ‘pública’ que le atribuían los ordenamientos anteriores, declarando en forma expresa su deseo el Estado (sic) de que la institución se transforme en centro privado de investigación y docencia, en plan de igualdad con cualesquiera otros de este tipo” (Carrillo Flores, *op. cit.*, p. 33).

No se olvide que ese mismo año de 1933 marcó el destino de Europa y del mundo: la llegada al poder del nacional-socialismo alemán, con Hitler a la cabeza. Se inició el rearme alemán que conduciría a la Segunda Guerra Mundial. La famosa "Quinta Columna" comenzó a montarse en todo el mundo. México, en la espalda de los Estados Unidos, se llenó de espías y agentes nazis. No pocos hechos de la vida política mexicana de esa época fueron fomentados o aprovechados por los enviados del fascismo europeo<sup>6</sup>. La Universidad, expuesta por completo a la manipulación externa, fue uno de los campos predilectos de estos agentes, cuyos designios coincidían con algunos sectores derechistas y retrógrados del país.

El resultado fue que durante más de quince años, como se señaló antes, de 1929 a 1945, la Universidad vivió una de las peores épocas de su historia, agitada por las violentas conmociones de la política nacional y también por los oleajes de la crítica situación internacional. En 1943, en plena guerra mundial, la Universidad era un verdadero reducto de grupos ultramontanos, que la gobernaban con sistemas represivos y terroristas. Fue la época de los "conejos" (alumnos y profesores de extrema derecha) y los "pistoleros" (los "porros" de nuestros días) que yo alcancé a ver "operar" en la antigua y famosa escuela (de) Iniciación Universitaria, donde muchos concluimos el ciclo secundario.

El movimiento estudiantil de 1944, que condujo al derrocamiento del rector Brito Foucher, de confesión y métodos fascistas, dio lugar a un prolongado y enredado conflicto universitario, que sólo logró solucionarse, como se sabe, mediante la intervención del presidente Ávila Camacho y la promulgación de una nueva Ley Orgánica, redactada con gran inteligencia y habilidad por un grupo de universitarios brillantes, encabezados por el nuevo rector Alfonso Caso.

La Ley Orgánica del 45, como se la llama, habría de ser la base de una pro-

longada estabilidad más o menos efectiva hasta nuestros días. Además, la postguerra significó para México el inicio decidido de un programa de desarrollo basado en la industrialización, las obras de infraestructura, la inversión de capitales privados y la llamada modernización urbana, entre otras muchas cosas. Este nuevo rumbo de la política económica del gobierno implicaba también la necesidad de impulsar la formación de los profesionistas y técnicos que requería el desarrollo del país. La UNAM se convirtió pronto en institución predilecta del gobierno alemán, "afecto" que habría de subsistir durante los dos sexenios siguientes.

Ello explica el que prácticamente no haya habido ya conflictos mayores dentro de la Universidad, y menos aún movimientos de oposición en contra de dichos gobiernos. La relativa tranquilidad que predominó en la institución a lo largo de casi veinte años (con una sorpresiva y vigorosa interrupción en 1958, por el movimiento estudiantil en contra del alza de tarifas en los transportes urbanos) explica que tres rectores, además de terminar por primera vez sus cuatrienios sin mayores problemas, fueron reelectos para un segundo periodo, ambas cosas verdaderamente insólitas en la UNAM.

Sin embargo, el tercero de esos rectores fue forzado a dejar su puesto mediante un turbio movimiento estudiantil inspirado desde la cúspide del poder, que al final -curiosa ley del bumerang político-, no sólo derrocó al rector, sino desbordó a sus iniciadores para volverse abiertamente (ahora con consignas y planteamientos de izquierda) contra el propio Presidente de la República. Era ya la antesala de lo que habría de suceder en 1968.

Se ha escrito mucho sobre lo que ocurrió durante ese año trágico y yo mismo he publicado en diversos lugares mi propia interpretación de los hechos<sup>7</sup>. A pesar de todo lo que he leído después sobre esa gran conmoción nacional, sigo creyendo básicamente en lo que pensé y

publiqué entonces y aun años después.

La política de promoción económica emprendida por el gobierno alemánista al terminar la Segunda Guerra Mundial no se propuso ninguno de estos dos grandes objetivos, clara y explícitamente diseñados en el programa de la Revolución Mexicana: por un lado, la justicia social (es decir, un reparto más adecuado, más justo y más equilibrado de la riqueza nacional), y, por el otro, la democracia política (esto es, la libertad de pensamiento y de expresión, la libertad de organización y de participación política, y, en fin, el *sufragio efectivo*, el respecto al voto).

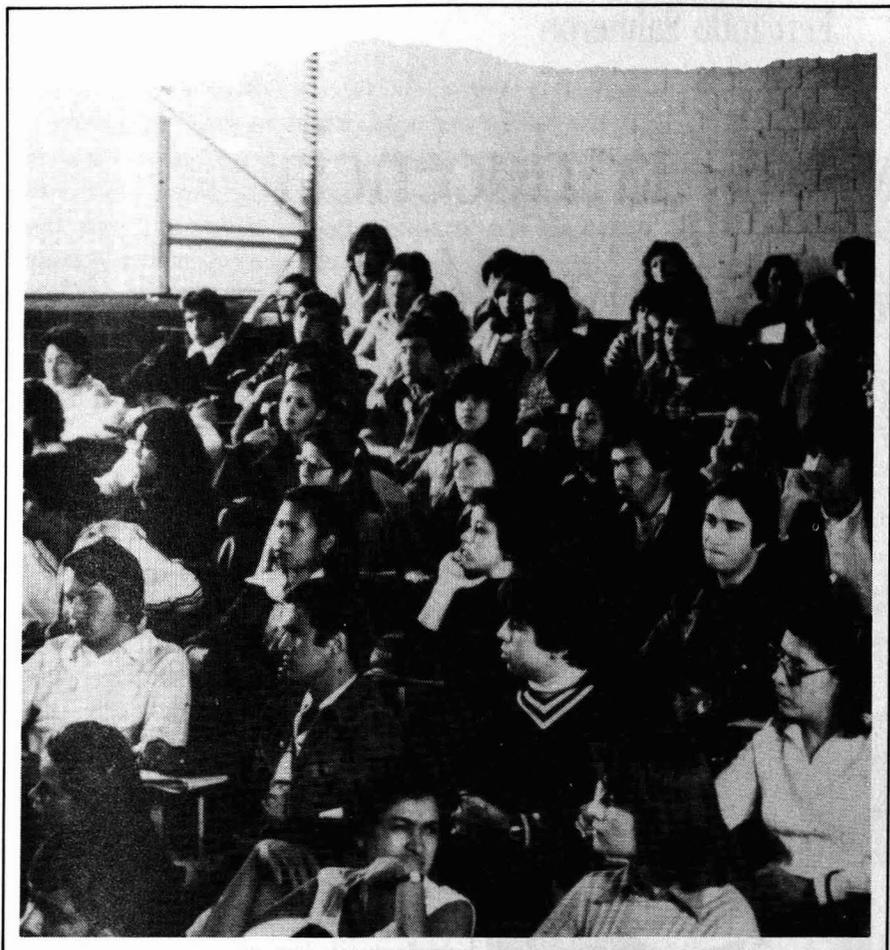
Nada de esto se consideró necesario en el nuevo programa de desarrollo nacional. Años después, a la vista de sus magros resultados desde el punto de vista social, a esta política de desarrollo se le llamó sin más, despectiva y críticamente, "el desarrollismo" (algo así como el mero impulso al desarrollo por el desarrollo mismo...).

Era inevitable que el desarrollismo, por sus características, sus finalidades limitadas y el atraso del país, produjera necesariamente grandes contradicciones económicas, sociales, geográficas y políticas que tarde o temprano tendrían que manifestarse públicamente, incluso en forma conflictiva. Y así ocurrió, en efecto. Al apretarse las tuercas del sistema impositivo sobre los sectores medios; al cerrárseles las puertas del mercado de trabajo profesional que les había ofrecido su preparación universitaria y técnica; al sentirse empaquetados como sardinas en las sobresaturadas instituciones de enseñanza superior, sin muchas esperanzas de ascenso social, y al intentar ingresar con poco éxito por las puertas del sistema político, cada día más hermético y corrupto, cada vez menos "transparente" y democrático, fue inevitable el colapso institucional y se llegó a la violencia.

Los años sesenta fueron marco de numerosos conflictos de carácter urbano, en los que se resumían de un modo u otro esas contradicciones del desarrollismo. Algunos eran de orden claramente político, al disputarse alcaldías y gubernaturas; otros fueron de índole profesional (como en el caso de los médicos y los maestros); y, en fin, los hubo

<sup>6</sup> Por lo menos uno de los principales fundadores del Movimiento Nacional Sinarquista, de clara organización fascista, era un conocido agente nazi.

<sup>7</sup> F. López Cámara, *El desafío de la clase media*, México, Cuad. de J. Mortiz, 1971; *Id.*, *La cultura del 69: Reich y Marcuse*. México, UNAM/CRIM, 1990.



numerosos y violentos en universidades y diversos centros de enseñanza media y superior. Campo predilecto de esas tensiones y protestas fue casi siempre la UNAM, poblada en un elevado porcentaje por sectores de clase media urbana, ya para entonces muy voluminosos, exigentes, insatisfechos y "contestatarios", como se decía entonces.

El gobierno del presidente Díaz Ordaz —a quien le estallaron desde el principio los violentos estertores sociales y políticos del fracaso desarrollista— creyó siempre en la teoría de la conjura internacional para explicar lo que ocurrió en el conflicto de 1968 y justificar así su propia actuación.

El propio Presidente llegó a sugerirlo claramente en su informe a la Nación en septiembre de 1968. La coincidencia en ese año de varios movimientos estudiantiles en diversos países del mundo occidental (algunos con apariencia de verdaderas insurrecciones políticas) podía dar pábulo a la teoría de la conspiración internacional. Tal vez Díaz Ordaz estaba seriamente convencido de su existencia. También circulaba la versión

del sabotaje a los Juegos Olímpicos que ese año se celebrarían en México; e incluso se hicieron especulaciones sobre maniobras internas futuristas, que pretendían imponer determinada "solución" al problema de la sucesión presidencial calendarizada para 1969. Había, pues, salsas y condimentos para todos los gustos.

Sin descartar del todo la presencia activa de algunos de esos ingredientes, que indudablemente llegaron a mezclarse de alguna manera en el desaguisado final, siempre me pareció necesaria alguna explicación de mayor fondo real, más estructural, más "sociológica" si se quiere, en vez del mero recurso a hipótesis y conjeturas escalofrantes. Dicha explicación me parecía necesaria incluso desde dos años antes, al producirse el conflicto de 1966 en la UNAM en contra del rector Ignacio Chávez.

Visto hoy en una retrospectiva más amplia, lo ocurrido en el año nefasto de 1968 no resulta nada claro si sólo intentamos explicarlo por el lado de la hipotética maquinación internacional, o como fruto de un sabotaje para despo-

jar a México de la sede de los Juegos Olímpicos, o quizás como preparación futurista de una determinada candidatura presidencial, y menos aún como resultado único y exclusivo de los devaneos, las torpezas o los resentimientos personales del Presidente de la República<sup>8</sup>.

En cualquier caso, el hecho real, objetivo, verificable nos remite sin remedio a la conclusión que señalábamos al principio: la UNAM ha sido siempre, a querer o no, un elemento crucial en ciertos momentos decisivos de la política nacional, a veces con un peso gravitacional tan fuerte que inclusive ha podido incidir —sin proponérselo, por supuesto— en el rumbo y la definición de nuestro sistema político. Así ocurrió en 1968, donde el movimiento universitario encabezado por la UNAM implicó un verdadero parteaguas en la historia del país.

Los años siguientes, en especial a partir de 1970, al acceder al poder el presidente Echeverría y denunciarse "oficialmente" las contradicciones, incongruencias e injusticias del desarrollismo y su saldo negativo, se han considerado, para bien o para mal, como años de ruptura, de reajuste, de búsqueda de nuevas fórmulas para rehacer el paso y recobrar la brújula histórica. Ha sido la época titubeante, incongruente y no pocas veces errática del "desarrollo compartido", de la "Alianza para la producción", de la "austeridad" catártica, del hoy tan vapuleado neoliberalismo y de la modalidad ultra reciente del "liberalismo social". ¿Qué hará la UNAM en ese laberinto futuro? ◇

<sup>8</sup> Años después del 68 leí otra versión, quizás más plausible y respetable, y probablemente cierta en aquellas circunstancias. En sus conversaciones con Gastón García Cantú, el ex rector Javier Barros Sierra, que vivió muy de cerca el conflicto y obviamente dispuso de información de primera mano, sugiere la posibilidad de que el conflicto haya sido deliberadamente auspiciado por el propio gobierno de Díaz Ordaz como una forma de hacer "abortar" el complot internacional que se preparaba contra México, habiéndosele escapado después el control del movimiento. (Cf. G. García Cantú, *Javier Barros Sierra: 1968. Conversaciones con Gastón García Cantú*, México, Siglo XXI, Edit. 1972).